



El peligro de haber perdido el sentido de pecado

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

¿Hay pecado entre nosotros? Claro que lo hay, aunque no lo veamos. Solo los santos se han aproximado, iluminados por Dios, al conocimiento del pecado, por eso, no nos debe extrañar que la Santa hable del pecado a cada paso. Para hablar de este tema, sabiendo que es una zona oscura, tenebrosa, tenemos que empezar pidiendo luz a Dios para poder captar el pecado, su horror, y así poderlo evitar.

Si nosotros no vemos con claridad el pecado, tendremos que ponernos, por lo menos, a la escucha de lo que Dios quiere decirnos, que nos demos cuenta de lo que es el pecado y de que lo hay en nosotros, y que causa estragos. La Santa vio la situación del pecador.

«Mostróme cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada y liada y tapados los ojos, que, aunque quiere ver, no puede, ni andar ni oír y en gran oscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una» (Cuentas de conciencia 24).

El misterio que encierra el pecado casi nunca llegaremos a entenderlo, es de tal calibre, que no tenemos capacidad para captarlo, si no es con la ayuda de Dios. Como tampoco tenemos capacidad para entender lo que es el perdón realmente. La Santa algo pudo captar.

«No hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra, que el pecador no lo esté mucho más... Si lo entendiesen, no sería posible a ninguno pecar. Todo el hombre se ve profundamente trastornado: ¡Qué turbados quedan los sentidos! Y las potencias ¡con qué ceguera, con qué mal gobierno!» (1Moradas 2,1-4).

Hace años el Papa Pío XII pronunció aquella frase proverbial: «Quizás el mayor pecado del mundo de hoy consiste en el hecho de que los hombres han empezado a perder el sentido del pecado»¹. Esta misma idea es repetida por San Juan Pablo II: «El hombre contemporáneo experimenta la amenaza de una impasibilidad espiritual y hasta de la muerte de la conciencia, y esta muerte es algo más profundo que el pecado: es la eliminación del sentido del pecado. Concurren hoy muchos factores para matar la conciencia en los hombres de nuestro tiempo»². Por el pecado, el hombre se sitúa en el centro y norma de su vida. Y el pecado es el mal uso de la libertad, que, desde que somos pequeños, nos está acechando continuamente, porque queremos hacer siempre lo que nos apetezca. Algo de sensibilidad se ve cuando el pecado es contra otra persona a la que puedo ofender, y puede llegar a la venganza, o me

¹ Pío XII, Radiomensaje al Congreso Catequístico Nacional de Boston. 26-10-1946.

² JUAN PABLO II, Ángelus. 1-4-1979.



dé vergüenza encontrármela. Pero la sensibilidad de que el pecado ofende a Dios se va perdiendo. La Santa advierte de ello.

«Cuando comienza a relajarse en unas cosas que en sí parecen poco, y perseverando en ellas mucho y no les da remordiéndolo la conciencia, es mala paz, y de aquí puede el demonio traerla a mil males; cosillas muchas que se ofrecen, que en sí no parecen pecado y, en fin, hay faltas y halas de haber, que somos miserables. No digo yo que no. Lo que digo es que sientan cuando se hacen, y entiendan que faltaron, porque si no como digo de éste se puede el demonio alegrar, y poco a poco ir haciendo insensible al alma de estas cosillas. Yo os digo, hijas, que cuando esto llegare a alcanzar, que no tenga poco, porque temo pasará adelante» (Conceptos del amor de Dios 2,2).

Las cosas no son buenas o malas porque muchos las hagan: sería un error pensar que el aborto, el adulterio, las mentiras..., porque sean frecuentes son algo bueno. Es malo porque va contra Dios y contra los hombres, y además, aumenta el problema porque nos insensibilizamos. San Juan Pablo II dice: *«Incluso en el terreno del pensamiento cristiano y de la vida eclesial, algunas tendencias favorecen inevitablemente la decadencia del sentido del pecado. Algunos, por ejemplo, tienden a sustituir actitudes exageradas del pasado con otras exageraciones; pasan de ver pecado en todo a no verlo en ninguna parte; de acentuar demasiado el temor de las penas eternas a predicar un amor de Dios que excluirá toda pena merecida por el pecado, de la severidad en el esfuerzo por corregir las conciencias erróneas a un supuesto respeto a la conciencia que suprime el deber de decir la verdad... La pérdida del sentido del pecado es una forma o fruto de la negación de Dios »*³

Nos recuerda la Santa:

«Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, andando metido en grandes pecados y tan sosegado en sus vicios que en nada le remuerde la conciencia, esta paz ya habéis leído que es señal que el demonio y él están amigos» (Conceptos del amor de Dios 2,1).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

³ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica. Reconciliación y Penitencia. nº 18. 1984.